

encadenó en Cartago, los trocó en efímeros proyectos de todo punto irrealizables. Miremos pues, cómo fué que de las manos del doncel voló doña Ana.

Todo funcionario público debía entonces dar cuenta de sus actos oficiales; esa era una regla invariable, mediante la cual sufría castigo el culpable y reportaba ascensos favorables el virtuoso. Esas cuentas se rendían, después de terminadas las funciones, ante un juez o comisario real en un juicio llamado de residencia. Durante sesenta días estaba abierto aquel juicio, y todos los vecinos tenían derecho de acusar los malos procedimientos del funcionario.

Don Juan Chaves de Mendoza traía comisión especial para tomar a su antecesor la residencia; así es que se preparaban entonces en Cartago días de turbulencia grande, porque a D. Gregorio, a pesar de que había sido allá un experto consejero de guerra de S. M. en los estados de Flandes, y aquí un gobernador probo, justo y progresista, no le faltaban, como a todo gobernante, furiosas enemistades; y que las tenía grandes y rencorosas no cabe dudar, puesto que precisamente el día de su salida del poder hubo gente menguada, para baldón de Cartago, que viniera a deshoras de la noche a cantarle responsos irrisorios y a tirarle piedras a su casa. Sobre aquel noble funcionario se cernía, pues, furibunda tempestad.

D. Gregorio anhelaba y temía a un tiempo mismo el juicio de su residencia; lo temía por las amarguras que preveía, y ansiaba que llegara porque sin ese requisito no podía emprender su proyectado viaje de regreso a España, en donde pensaba impetrar del monarca un nuevo empleo con qué ganarse la vida. En tales circunstancias puso en juego todas sus facultades mentales para encontrar un recurso que le sacase con bien y pronto de la residencia, y ese recurso poderoso creyó haberlo encontrado precisamente en D^a Ana de Cortabarría.

Como D. Gregorio de Sandoval no tenía sucesión con su esposa D^a Gregoria de Escobar, había puesto todo su cariño paternal en D^a Ana, hija del primer marido de D^a Gregoria, pero aun cuando no hubiera habido tal motivo, D^a Ana habría sido siempre el encanto de la casa. Ella era una gentil doncella, de noble alcurnia, de hermosura resplandeciente, de apostura distinguida, de festivo genio, de esmerada educación, en cuyas manos el arte de la cocina descubría todos los días ricos manjares, y el manejo de la rueca hilos finísimos, y las cuerdas de la guitarra notas melifluas; si cantaba, se realizaban y llenaban de armonía con el timbre de su voz las más triviales canciones; si bailaba, se conturbaban y llenaban de pasión, con el donaire y los hechizos de su cuerpo, los más yertos corazones. Y así ella iba por la florida senda de su existencia, arrancando grandes aplausos y sembrando vivos amores sin que por eso se marchitase el cándido lirio de su inocencia; y así sirviéndole la virtud de peana y la hermosura de diadema, caminaba, cual fantástica princesa, subyugando voluntades por doquiera.

Ella era, sin duda alguna, la más apuesta, la más donosa de las mujeres de esta ciudad, y con ella imprudentemente quiso abroquelarse D. Gregorio para salir ileso de la residencia.

En efecto, después de largas cavilaciones, se dijo él a sí mismo: para que mis enemigos refrenen sus rencores es preciso que vean a D. Juan rendido a mi voluntad; y para que se rinda D. Juan, han de bastar las gracias de doña Ana, manejadas de tal suerte, que después de la residencia todo ello quede en nada y no invalide la palabra, prenda de matrimonio, que tengo empeñada con un rico personaje de Guatemala: he ahí, pues, el plan del incauto D. Gregorio.

Poniendo manos a la obra, dispuso una velada de poca y escogida concurrencia, que más bien fuera una reunión de confianza, para que el gobernador pudiera estar a sus anchas, porque según lo que hasta allí había dado a conocer, a pesar de ser soltero, era hombre retraído y corto de genio con las damas. D. Gregorio hizo la invitación con mucho tacto diciendo: «A fin de que vuesa merced vea por primera vez el tun, que es una danza y baile mejicano, esperamos esta noche a vuesa merced en casa».

La invitación fué cortésmente aceptada. Y así cuando el gobernador, seguido de D. Pablo Ponce de León, llegó a la amplia sala de D. Gregorio, pudo observar que toda ella estaba hecha un relicario: aquí, a modo de panoplia, despuntaban enlazadas unas cuantas palmas benditas; allá, a modo de retablo, varios santos del cielo, pendientes en dorados cuadros, realizaban el oscuro matiz de sus colores, en la blanca cal de los tabiques; los escaños enfilados a lo largo, ceñidos de talladuras, coronados de barandillas y bruñidos por el uso, dejaban ver a trechos preciosos jaspes o brillantes lampos; los ladrillos cuadrilongos del Tejar, en figura de petatillo, enrojecidos con curío, daban severo tono al suelo; el cedro immaculado de la techumbre difundía por el ambiente rico perfume; las cadenas soportaban sendas arañas de lata, para que derramando lagrimas de sebo parpadearan en alto las candelas; el ancho estrado de macizas tablas señoreaba en un extremo de la sala, y en el otro, la silla grande de curtido cuero, embutida de algodón, recamada de pespuntos, reluciente de tachuelas y en cuyo rico espaldar, a guisa heráldica, fulguraba un letrero señorial bordado en pita, que decía: «Sandoval».

En esa estancia penetró D. Juan Chaves de Mendoza con continente marcial, y luego, sentado en la silla grande, siguió observando uno a uno los preludios de la fiesta. En el estrado conversaban D^a Gregoria y otras damas de respeto, en los escaños departían D. Gregorio y sus íntimos amigos, junto al sillón sonreía, cual parásito galante, D. Pablo Ponce de León, y sobre una banca esquinera afinaban los instrumentos el maestro Miguel Rodríguez y su anónimo ayudante.

Llegó, por fin, el momento esperado. Sobre dos goznes fornidos giró la puerta del

apuesto y un grupo de damas festivas, al compás de guitarra y vihuela, salió bailando la danza nueva del tun: doña Ana venía muy bizarra, en pos de ella seguían las dos Retes y después otras varias gentiles doncellas.

Los viejos documentos no describen los caracteres típicos del tun, sólo refieren que D^a Ana guiaba diestramente aquel baile y que servía de centro a la danza; pero débese inferir que el tun no tuvo nada de escandaloso, como parece insinuarlo un notable historiador, porque de haberlo tenido lo habrían declarado así algunos de aquellos mismos convidados a la fiesta, que luego, convertidos en enemigos capitales de D. Gregorio, tuvieron grande empeño en deshonrarle su casa.

Cuando se hubo terminado el tun mandó D^a Gregoria a su hija que bailase sola, y, en efecto, doña Ana, tomando en sus manos las alegres castañetas, bailó con donosura sin igual. En aquel solo estuvo la niña verdaderamente admirable; bien es cierto que a ello concurren los ricos atavíos de su vestido. Una cinta matizada de colores varios ceñía su blonda cabellera; en sus orejas centelleaban largas arracadas de oro, figurando papagallos; en su cuello relucía un collar de gruesas perlas con una imagen pendiente y en sus dedos dos sortijas incrustadas de esmeraldas; dos pulseras de coral realzabanle a porfía entrambos brazos; un agnus con vidriera y guarniciones de plata adornábale el pecho; un cintillo de seda bordado de diversas flores comprimíale con rigor su talle; una saya de esparragón forrada en tafetán pendía de su cintura, y ajustábase a su busto un jubón de chamelote, semi oculto en los pliegues de una ropilla de seda, adornada de vuelos y encajes de punto real; y por último dos chapines de terciopelo carmesí con hebillas de plata servían de breve estuche a sus pies.

Los aplausos del gobernador movieron a la doncella a invitarle para que bailase con ella, y hasta le tomó la mano, pero fué inútil su ruego, porque él se negó obstinadamente, sentando plaza en la concurrencia de ser varón torpe de pies. Ella prosiguió bailando sola hasta que se cansó, y entonces D^a Gregoria le mandó que se sentase en el estrado, que tocase la guitarra y que cantase algunos tonos. Y en efecto, la doncella cantó y tocó con perfección tan exquisita que su mismo maestro de canto y baile Miguel Rodríguez quedóse al punto maravillado. D^a Ana de Cortabarría, haciendo, pues, la delicia de aquella fiesta, hizo otra cosa de mayor cuantía; hizo nacer en el corazón de D. Juan un vehementísimo amor. Y con lo expuesto queda dicho cuán acertado comienzo llevaba la diplomacia de D. Gregorio para la residencia.

Muy en breve se hicieron estrechas y cordiales las relaciones de D. Juan con la familia de su antecesor: hoy una visita, mañana la contestación; hoy un regalito de cualquier cosa: una friolera, un bocadito; mañana la correspondencia, y así fueron examinando las cosas a tal punto que la alcoba del gobernador estaba siempre abierta para